

**Reseñas**

**Héctor Díaz Polanco, *La rebelión zapatista y la autonomía, México, Siglo XXI, 1997.***

José Antonio Aguilar

**E**l conflicto armado en Chiapas ha producido toneladas de papel en artículos periodísticos, pero no ha generado, todavía, una obra rigurosa de análisis. El panfleto y la crónica han florecido con fortunas diversas. Muchos especialistas en cuestiones indígenas han sido incorporados al conflicto, no como observadores interesados en explicarlo, sino más bien como participantes deseosos de combatir a favor de uno de los lados. Muchos se desempeñan, o se desempeñaron, como asesores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) o del gobierno federal. Muy pocos de ellos reconocen la pérdida en objetividad que su condición de aliados —o enemigos— de una causa representa. Ello explica por qué existe un vacío de estudios no partidistas sobre el fenómeno. El que no contemos con una investigación seria de los procesos políticos y de las estructuras sociales que culminaron en el alzamiento del 1 de enero de 1994 ha sido muy costoso para la sociedad en gene-

ral y para las ciencias sociales en particular. Desafortunadamente, el libro de Díaz Polanco, uno de los defensores más precoces de la causa de la autonomía indígena, no es una excepción.

*La rebelión zapatista* es un libro ideológico de cabo a rabo. La estructura es una mezcla de ensayo monográfico y panfleto, sin acabar siendo alguno. El preámbulo anuncia la intención. Según Díaz Polanco, a los ojos de los gobernantes las comunidades indígenas son "pueblos invisibles y prescindibles. Lo que los hace invisibles es su cosmogonía incorpórea, sus relaciones misteriosas, su rebeldía a aceptar reglas que los condenan a desaparecer". Es la entronización de lugares comunes que poco ayudan a la comprensión del fenómeno. La tesis central de la obra es que las posibilidades de construir un Estado multiétnico y democrático depende de que se establezcan regímenes de autonomía. Ésta es una hipótesis que, a lo largo del libro, no encuentra sustento ni empírico ni lógico. No es claro en lo

absoluto por qué el régimen de autonomía, y no otro, sería la "pieza clave del futuro Estado multiétnico". El autor no presenta estudios de caso que permitan avalar esta afirmación. Las experiencias autonómicas que menciona, Nicaragua y Groenlandia, sólo son descritas formalmente; por ningún lado aparece una evaluación medida de los resultados de esos casos. Lo que permea el libro es una confianza desmedida en que los argumentos resultarán convincentes por sí mismos. Por eso Díaz Polanco afirma que "el fantasma de la autonomía recorre Indoamérica". Esta profesión de fe no es, por supuesto, nada nueva: sólo ha encontrado un cuerpo diferente.

Un ánimo teleológico recorre la obra: las luchas indígenas a lo largo del continente no son sino pasos hacia la autonomía. Esta pretensión de que existe una progresión hacia un fin determinado desnaturaliza los acontecimientos. Sólo así puede Díaz Polanco afirmar que la última aparición del fantasma de la autonomía, a principios de 1994, vino de "las profundidades de la selva lacandona, armado y con pasamontañas". Ésta no es nada más una interpretación libre de la revuelta zapatista: es una abierta tergiversación de los hechos. Lo que podría ser una pregunta clave (¿por qué los zapatistas no articularon, desde el principio, un discurso autonómico?) se convierte en un detalle sin importancia. De paso se afirma que la autonomía "apareció primero tímidamente" en las declaraciones públicas de la dirigencia rebelde.

El segundo problema serio es lo infundado de la propuesta angular del

libro. Si se afirma que la autonomía regional es posible, el autor debería discutir seriamente las posibilidades reales de segmentación territorial. ¿Cuántas de las etnias se encuentran concentradas geográficamente de manera que fuera posible crear una región autonómica? ¿En cuántos estados se encuentran mezclados asentamientos de más de una etnia junto con mestizos? Un mapa de lo que podrían ser estas regiones está ausente. Nada de esto aparece en el libro. Ni siquiera hay una tabla básica de evolución de la población indígena del país a lo largo del tiempo. Los datos son apenas los básicos y ni siquiera se recurre a la información más reciente. Los números están tomados del censo de 1990 y no consideran estimaciones posteriores. Sobre el efecto real de políticas concretas, como la modificación del régimen de la propiedad agraria, sólo hay lucubraciones. "A unos años de vigencia", afirma Díaz Polanco, "las medidas indicadas mostraron, en el centro y norte del país, efectos disolventes y empobrecedores sobre los núcleos agrarios". ¿Cómo sustenta este juicio el autor? De ninguna forma. No sabemos cuántos ejidos fueron parcelados y vendidos, no tenemos estudios econométricos que relacionen el ingreso con las nuevas formas de propiedad. La escasa evidencia presentada proviene de los diarios y es, fundamentalmente, anecdótica. ¿Cómo es posible hacer recomendaciones responsables en estas circunstancias? Para Díaz Polanco sólo los "intelectuales ligados al régimen" pueden objetar su ánimo justiciero y poner atención en detalles "técnicos".

Con todo, lo cierto es que Díaz Polanco es, entre los proponentes de los derechos indígenas, uno de los más lúcidos. Reconoce la necesidad de considerar el posible conflicto entre los derechos comunitarios y las garantías individuales. Se ha hecho algunas preguntas que pocos, de entre los que militan en sus filas, se hacen. Es una

pena que el segundo capítulo del libro, que recoge la investigación de archivo realizada por el autor sobre algunas insurrecciones indígenas en el siglo XVII, se presente junto con los otros que buscan convencer a una sociedad incrédula de las bondades del proyecto autonómico. En medio de ese manifiesto, este capítulo está fuera de lugar.

**Adolfo Gilly, Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado, México, Era, 1997.**

**Carlos Montemayor, Chiapas. La rebelión indígena de México, México, Joaquín Mortiz, 1997.**

Guillermo Trejo

La rebelión indígena en Chiapas fue un acto que sorprendió al país entero. Políticos y analistas por igual fuimos incapaces de predecir el levantamiento chiapaneco y el subsecuente despertar de la identidad india como un factor de movilización política. Aunque la tarea principal de las ciencias sociales no sea predecir, sino explicar, no deja de ser un llamado de atención cuando el origen de uno de los sucesos más importantes del México contemporáneo nos deja mudos. Nuestro fracaso mayor, sin embargo, es que cuatro años después de la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) no hemos sido capaces de presentar una explicación causal de los orígenes de la rebelión. Estos años han sido la gran hora de formas de interpretación literaria como el reportaje, la carta y la biografía; pero la investigación teórica, analítica y empíricamente rigurosa ha sido la gran ausente.

En los últimos meses han aparecido algunos libros que trascienden el

reportaje, la crónica y la biografía. Estas obras tienen un alcance explicativo más amplio. Es el caso de los libros de Adolfo Gilly y Carlos Montemayor. Son dos textos que tienen una ambición común: explicar las razones de la rebelión. Desafortunadamente ninguno de ellos cumple con su cometido de manera satisfactoria. Ninguno de los dos da cabal respuesta a tres preguntas fundamentales: 1) ¿Por qué se dio la rebelión donde se dio? 2) ¿Por qué se dio cuando se dio? y 3) ¿Por qué y cuándo surgió la identidad étnica como factor de movilización política?

*Chiapas: la razón ardiente* es una colección breve de ensayos interpretativos que Gilly elaboró durante sucesivas estancias en universidades de los Estados Unidos, entre 1995 y 1997. El objetivo principal del libro, a decir del propio autor, es explicar por qué la "sociedad civil" mexicana cobijó espontáneamente al neozapatismo y cómo se fueron gestando cambios importantes en los métodos de lucha y los objetivos del movimiento guerri-

lero a partir del contacto con la "sociedad organizada". La respuesta a esta pregunta ocupa en realidad un lugar secundario en el libro; el propósito de fondo pareciera ser, más bien, explicar "la rebelión del mundo encantado". Gilly dedica dos ensayos a explicar los motivos y el desarrollo histórico de la rebelión y un tercer ensayo a la relación entre la guerrilla y la sociedad civil.

El argumento central de Gilly, siguiendo a James Scott, es que la rebelión en Chiapas es un fenómeno *cultural*. El sujeto de la rebelión es la "comunidad agraria", que se levanta como lo haría en la revolución de independencia o en la revolución de 1910, cuando ve amenazada su existencia por sendos procesos de "modernización desde arriba". En 1994, dice Gilly, la principal amenaza a la comunidad agraria chiapaneca encuentra su origen en las políticas de modernización del campo, iniciadas por Miguel de la Madrid y llevadas hasta sus últimas consecuencias durante la gestión de Carlos Salinas con la reforma al artículo 27 constitucional y el capítulo agrícola del TLCAN. Se trata de una rebelión *cultural* porque la defensa de la comunidad agraria trasciende lo meramente material: el levantamiento armado es, en realidad, una defensa de las "prácticas religiosas" y del "orden sagrado" al cual se deben la comunidad misma y sus normas sociales de convivencia. Los campesinos mayas de Chiapas se rebelaron movidos por un profundo sentimiento de "indignación" e "injusticia", un "agravio moral" generado por una "modernización bárbara y excluyen-

te" que había dado ya los primeros pasos hacia la destrucción de su "economía moral" y su orden sacro.

En la narrativa histórica Gilly introduce a los actores de la rebelión y retoma de manera superficial la discusión teórica del inicio. Sin mucho detalle ni mayor novedad (todas las fuentes del ensayo son secundarias), Gilly narra lo ya sabido: a raíz de los intensos movimientos migratorios y las expulsiones que llevaron a comunidades indígenas enteras a establecerse en la selva, se inició en los años setenta y ochenta una larga etapa de conflictos por la tierra en las Cañadas. A la par, la diócesis de San Cristóbal inició un extenso trabajo de organización social en la zona, apoyada unas veces y otras a contrapelo, por organizaciones maoístas de ex guerrilleros provenientes del norte del país. Para finales de los ochenta, nos recuerda Gilly, habían surgido liderazgos indígenas importantes en organizaciones campesinas independientes. Por otro lado, conforme se profundizaba la modernización del campo, se fue consolidando una alianza entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca y el gobierno estatal. La rebelión estalló cuando el "agravio moral" llegó a su punto máximo: la alianza política entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca se había estrechado con la llegada en 1993 a la Secretaría de Gobernación, del entonces gobernador de Chiapas y la política agraria posrevolucionaria había llegado a su fin con la reforma al artículo 27 y la entrada en vigor del TLCAN a finales del mismo año.

La explicación de la rebelión

como un fenómeno esencialmente *cultural* no es convincente. Reduce las motivaciones de la acción individual y comunitaria de los campesinos e indígenas chiapanecos al orden de lo sagrado. Ante "la irrupción de la modernidad capitalista", la comunidad agraria mexicana reacciona como un autómatas movido por el pasado y "jala el freno de emergencia". No hay liderazgos, ni organizaciones, ni estrategias: tan sólo comunidades que reaccionan mecánicamente ante amenazas externas. Ésta es una explicación evidentemente funcionalista en la que los resultados dan cuenta de las causas. La intencionalidad individual está ausente: los individuos no tienen ningún margen de acción ni alternativas. Es el mundo de las "necesidades" históricas.

Si la rebelión chiapaneca de 1994 fue, como argumenta Gilly, una reacción de la comunidad agraria en defensa de su "economía moral", ¿por qué fue sólo en las Cañadas donde el "agravio moral" se tradujo en rebelión? Cualquier explicación lógicamente consistente de una rebelión debe dar cuenta de su contraparte: la obediencia. Uno de los pecados capitales de la mayoría de las teorías sobre revoluciones, movimientos sociales y grupos de interés es que consideran sólo a los grupos que se organizan y se rebelan, pero ignoran a los que no lo hacen. Gilly es presa de este vicio metodológico.

Más allá del problema metodológico yace un problema teórico de igual importancia: Gilly no puede dar cuenta de por qué unas comunidades agrarias se rebelan y otras no, porque su explicación que parte del agravio

es inconsecuente, como la mayoría de las explicaciones que toman a las frustraciones y a los agravios como condiciones necesarias o suficientes para la rebelión. Enconos y agravios han existido en todo momento y en todo lugar. Sin embargo, de entre el universo de los agraviados, unos se levantan y otros no. Y no parece haber una asociación entre la intensidad del agravio y la propensión a la rebelión. Hay grupos y comunidades con bajos niveles de frustración y agravio que logran coordinarse y rebelarse, mientras que los muy agraviados, en ausencia de liderazgos efectivos y redes sociales que faciliten la organización social, se quedan frustrados.

Saber por qué una rebelión sucede en el momento en que sucede es tan importante como saber por qué ocurre en el lugar en que ocurre. ¿Por qué el 1 de enero de 1994 y no el 12 de octubre de 1992? ¿Por qué el día que entra en vigor el TLCAN y no durante su negociación? La decisión de cuándo rebelarse es eminentemente estratégica. Aunque Gilly narra los diálogos directos entre los líderes guerrilleros y las comunidades indígenas entre 1992 y 1993, lo que se desprende de la discusión teórica es que la rebelión estalló cuando los agravios llegaron a su punto máximo: a saber, cuando se consolidó la alianza entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca, y cuando entró en vigor el TLCAN. Gilly cree en el agravio como razón explicativa. Si uno optara por una explicación estratégica a partir de incentivos, las razones de cuándo sucedió la rebelión irían en sentido opuesto. Los empresarios políticos

(Marcos, *v.gr.*) inician el trabajo de movilización para la rebelión cuando se abren ventanas de oportunidad política, ante la fragmentación de las elites o ante un proceso sucesorio o de cambio de mando. Los incentivos para la rebelión no surgen cuando se acumulan los agravios ni cuando se fortalece alianza política alguna, sino, al contrario, cuando las elites se dividen.

¿Por qué y cuándo surgió la identidad india como factor de movilización política? Para Gilly la identidad india es algo natural —primordial— y está íntimamente vinculada al ser campesino. El problema con el primordialismo es que no ve que las identidades se construyen de manera artificial. En su construcción los empresarios políticos desempeñan un papel muy importante. En la lógica general del argumento de Gilly, la identidad india se expresa políticamente cuando los agravios a la economía moral de las comunidades agrarias llegan a su punto máximo. Este argumento, sin embargo, no ayuda a entender por qué la rebelión neozapatista fue, en sus orígenes, una rebelión rural con demandas campesinas y solamente después surgieron demandas indígenas como la autonomía. La transformación del neozapatismo de un levantamiento rural en uno indígena parece ser una decisión estratégica tomada por el EZLN en función de cambios políticos que se gestaban en escala nacional: en particular, el menoscabo de la autoridad presidencial que tomó lugar entre 1994 y 1995 y la consecuente descentralización política *de facto*.

*Chiapas. La rebelión indígena*

*de México* es también una colección de ensayos interpretativos, escritos por Montemayor a sugerencia de un editor estadounidense. El libro recoge una labor de investigación de muchos años sobre la guerrilla en México, plasmada en su novela *Guerra en el Paraiso*, y en su trabajo de crítica, traducción y promoción de la literatura indígena mexicana. A diferencia de Gilly, Montemayor no encuadra su análisis en un marco teórico. No hay citas, ni referencias bibliográficas. Montemayor apela al sentido común y a su conocimiento empírico de las guerrillas y de las culturas indígenas. No entra en debate con ningún paradigma teórico. Su verdadero litigio es en contra de la interpretación gubernamental de la rebelión.

Montemayor sugiere una larga lista de factores explicativos de la rebelión. Del texto se pueden señalar ocho factores; los cuatro primeros explican el por qué de la rebelión y los otros cuatro dan cuenta de cómo se organizó la misma: 1) el hambre y la miseria; 2) los conflictos por la tierra entre indígenas y ganaderos, finqueros y cafetaleros; 3) la represión y la ineptitud del gobierno estatal; 4) la política económica de la federación; 5) la experiencia acumulada en más de treinta años de guerrilla en México; 6) el despertar de la cultura indígena; 7) las densas redes sociales de apoyo y comunicación que se tejen entre familias y comunidades de la zona; y 8) el surgimiento de organizaciones de base vinculadas a la Iglesia católica y de organizaciones campesinas independientes.

Para Montemayor, la motivación que dio origen a la rebelión es un

factor ancestral: la pobreza. Es muy enfático al respecto: las insurrecciones indígenas desde la Colonia han sido la "[...] lógica conclusión del hambre, la miseria [...], la exasperación" (p. 12). En Chiapas, las expectativas de remontar estas condiciones de miseria se disiparon conforme terratenientes y ganaderos fueron ganando terreno en detrimento de las comunidades indígenas. Una serie de decretos presidenciales iniciados por Luis Echeverría, y cuya culminación ve Montemayor en la reforma al artículo 27 constitucional, sesgaron la distribución del poder económico en favor de terratenientes y ganaderos. La rebelión chiapaneca, como toda insurgencia armada en el México contemporáneo, dice, se gestó cuando los campesinos se sintieron "acorralados" y sus expectativas de redistribución de tierra se vieron canceladas.

Pero la identidad y la organización de la rebelión son para Montemayor tan importantes como la pobreza y la frustración. En la *organización* de la rebelión se conjugan dos elementos fundamentales: los treinta años de lucha guerrillera en México y los quinientos años de resistencia indígena. La experiencia guerrillera de los jóvenes maoístas que llegaron a las Cañadas a finales de los años setenta abrió la alternativa de una organización armada. Y el "despertar" del México indígena le imprimió su carácter etnocultural a la rebelión. En suma, para Montemayor "[...] la insurrección guerrillera [es y ha sido] la expresión natural, social, política, indígena, agraria, que nos avisa que debemos cambiar o que no somos aún lo que debemos ser" (p. 75).

El argumento general de Montemayor, como el de Gilly, conjuga una lógica funcionalista con un argumento de frustración: los indios se rebelan, casi automáticamente, cuando, acorralados, perciben que el camino por el que se anda es incorrecto. Las rebeliones parecieran ser un mal necesario cuya función es corregir el rumbo que lleva la sociedad: acercarnos a "lo que debemos ser". ¿Y qué es lo que debemos ser? Ésta no es una pregunta que preocupe mucho a Montemayor porque en su historia de evolución adaptativa las rebeliones son manifestaciones "naturales". Las intenciones individuales y la acción estratégica no forman parte de la explicación. Si las guerrillas son la "expresión natural" que nos alerta cuando las cosas andan mal, entonces las rebeliones no serían episódicas, ni geográficamente localizadas: viviríamos en un estado de guerra *perenne* y *generalizado* en el país. Ni lo uno ni lo otro. Explicar la rebelión como el resultado de la pobreza nos llevaría a una conclusión similar. El problema genérico con esta línea explicativa es que no nos ayuda a entender por qué en condiciones de pobreza y acorralamiento unos grupos (los menos) se rebelan y otros (los más) no.

A diferencia de Gilly, Montemayor se pregunta explícitamente por qué se dio la rebelión en las Cañadas. Además de señalar la intensidad de los conflictos agrarios en la zona, producto de sucesivos decretos presidenciales que desplazaron a comunidades enteras hacia las Cañadas, Montemayor hace hincapié en el trabajo de organización social y educación que desarro-

llaron la diócesis de San Cristóbal y los jóvenes maoístas. Efectivamente, las redes de organización social preexistentes han sido señaladas por diferentes escuelas de estudio de las rebeliones como uno de los factores que facilitan las labores de organización y reclutamiento que llevan a cabo empresarios políticos como Marcos. El problema con la explicación de Montemayor, sin embargo, es que sólo se aplica a las Cañadas. Montemayor se pregunta por qué la rebelión se dio en las Cañadas pero nunca cuestiona por qué no se dio en otras regiones de Chiapas. En ausencia de una comparación con una zona con características similares en donde no haya habido rebelión, es difícil identificar las variables explicativas relevantes (p.e., las redes de organización social) y, en consecuencia, la lógica explicativa es incompleta.

El argumento de Montemayor aporta pocos elementos para explicar por qué la rebelión estalló el 1 de enero de 1994. Lo que se desprende del listado de factores explicativos que se diseminan a lo largo del libro es que el escalamiento de los conflictos por la tierra y la reforma del artículo 27 constitucional orillaron a las comunidades indígenas, pobres aunque bien organizadas, a "jalar el freno" del tren de la modernidad neoliberal. La explicación, en el fondo, es análoga a la de Gilly: el momento de la rebelión es el punto máximo de desesperación y frustración. Pero si los agravios estaban presentes desde 1992, ¿por qué entonces esperar hasta 1994? En ausencia de actores intencionales y estratégicos, Montemayor

tampoco nos ayuda a responder esta pregunta.

Acaso los lectores esperábamos de Montemayor una explicación más sólida sobre el "despertar" del México indio: ¿por qué y cómo surgió la identidad étnica como factor de movilización política en Chiapas? Montemayor es enfático sobre el carácter indio de la rebelión: "el aspecto indígena es quizás el más relevante de la insurrección del EZLN". Y el despertar del México indio no sólo se limita a la rebelión de las Cañadas: en los últimos años, nos recuerda Montemayor, han surgido organizaciones indígenas, campesinas, de escritores y frentes de organizaciones indígenas. ¿Qué explica este súbito despertar del México indio? El texto nos describe vívidamente este despertar pero no nos ayuda a entender por qué se dio ahora. Tampoco nos ayuda a entender el surgimiento de lo indio como factor de movilización política.

Vistos en conjunto, los libros de la rebelión adolecen de importantes problemas teóricos y metodológicos. El libro de Gilly no da cuenta de los tiempos, los modos y los rostros de la rebelión. Montemayor, por su parte, enumera factores relevantes pero sin darles jerarquía explicativa. A pesar de sus limitaciones, los libros de Gilly y Montemayor son lectura obligada para estudiosos de rebeliones indígenas y campesinas y para el público interesado en la rebelión chiapaneca. Ambos libros son fiel reflejo de las principales virtudes y los mayores defectos de la academia y del medio intelectual mexicanos.

**Jorge G. Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, México, Alfaguara, 1997.**

Rafael Rojas

Entre las montañas de papeles dedicados a reforzar o debilitar el mito del *Che* Guevara se salvan, a mi juicio, cuatro biografías: la de John Anderson, la de Paco Ignacio Taibo II, la de Pierre Kalfon y la de Jorge Castañeda. Cada una tiene su particular virtud. Es como si los cuatro biógrafos se hubieran distribuido el trabajo para captar eso que los griegos llamaban el *areté* del personaje. Anderson describe la construcción cultural del mito, Taibo su apasionante y caprichosa psicología, Kalfon su mundo literario y Castañeda su política. La principal virtud, pues, de *La vida en rojo* es que nos presenta al *Che* como un político entre políticos. En este sentido, Castañeda es el que más se aleja de lo meramente biográfico, pero, también, el que más se acerca a lo propiamente histórico.

En sólo 39 años de vida, el *Che* experimentó la historia con una frenética intensidad. Era como si tuviera un don especial para estar en el momento justo y en el lugar adecuado.

Vivió, como un nómada de la política, en la Bolivia de Paz Estenssoro, en la Guatemala de Jacobo Arbenz, en el México poscardenista. Hizo la revolución en Cuba y, como ministro del nuevo gobierno, viajó a los Estados Unidos, Europa, América Latina, Asia y África. Conoció de cerca la China de Mao, la Unión Soviética de Krushov y los países socialistas de Europa del Este en la época del deshielo. Estuvo refugiado en Praga y peregrinó en las selvas del Congo y de Bolivia. Esta experiencia casi febril de la historia es el trasfondo de *La vida en rojo*. Castañeda no sólo escribe la biografía de un héroe, sino las biografías de esas comunidades en las que el *Che*, como un misionero o un antropólogo armado, se infiltró. Desde las primeras páginas nos dice el autor: "Ernesto Guevara conquistó su derecho de ciudad en el imaginario social de una generación entera por muchos motivos, pero ante todo mediante el místico encuentro de un hombre y su época".

A Jorge Castañeda le interesa, más que nada, reconstruir las ideas del *Che* dentro del movimiento comunista internacional y dentro de la revolución cubana. En este sentido, es probable que de las cuatro biografías que han aparecido en los últimos años ésta sea la que toca el punto más sensible y polémico de la vida del célebre revolucionario, es decir, el punto de sus diferencias teóricas y prácticas con el comunismo soviético y con el gobierno de Fidel Castro. Diferencias de fondo y superficie que lo llevaron, primero, al África belga y luego a Bolivia, dos aventuras guerrilleras totalmente fallidas. Ésa es, acaso, la audacia de esta biografía: cuestionar el mito de una supuesta lealtad incondicional de Fidel Castro y el Partido Comunista de Cuba, al *Che*.

En contra de un estereotipo bastante extendido, el libro muestra que Guevara no fue siempre antisoviético. Uno de los pasajes más interesantes de *La vida en rojo* es el que reproduce los contactos del *Che* con Nicolai Leonov, un agente del KGB en México que lo introdujo en los círculos de la embajada soviética y le proporcionó literatura comunista. Las entrevistas de Castañeda con el propio Leonov y con Fernando Gutiérrez Barrios confirman que, luego de su paso por Bolivia y Guatemala, el *Che* llegó a México desilusionado del populismo latinoamericano y con el fervor de un comunista recién converso. Cuando la policía mexicana detiene a los futuros expedicionarios del *Gamma*, el *Che* es el único que se declara abiertamente partidario del comunismo soviético.

Todavía entre 1959 y 1962 Gue-

vara es defensor de una alianza total con la URSS y uno de los que más presiona al gobierno de Fidel Castro en esa dirección. La ruptura con Moscú se da a raíz de la crisis de los misiles en octubre de 1962. Castañeda es el primero en analizar detalladamente las tensas conversaciones entre el *Che* y Anastas Mikoyan después del pacto Kennedy-Krushov. Guevara le reprocha en términos bastante rudos al soviético el hecho de que la URSS retirara los misiles de la isla y "pactara con el imperialismo". Es entonces cuando Mikoyan le responde: "hicimos todo lo posible porque Cuba no fuera destruida. Vemos vuestra disposición a morir bellamente pero pensamos que no vale la pena..." Este choque, además de sus habituales enfrentamientos con los viejos estalinistas cubanos con materia económica, lo convirtió en una persona *non grata* a los ojos del Kremlin.

Castañeda demuestra que a partir de 1963 la posición del *Che* dentro de la clase política cubana se vuelve precaria, ya que los soviéticos lo consideran un enemigo y presionan a Fidel Castro para que lo expulse de Cuba. Castro, quien probablemente recela la popularidad del *Che*, cede a esas presiones sin dejar traslucir su propia complicidad con el virtual destierro que le aplicarían al argentino. Las dos aventuras guerrilleras, la del Congo y la de Bolivia, fueron concebidas por el Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), el principal centro de exportación revolucionaria, que encabezaba Manuel Piñeiro. El fracaso de ambas operaciones tiene que ver

con el apresuramiento y la ineficiencia con los que este aparato las planeó, lo cual, desde la perspectiva de Castañeda, podría confirmar la tesis de un sacrificio de Guevara para satisfacer a Moscú y a su propia egolatría política, por parte de Castro. El hecho de que Fidel haya leído la carta de despedida del *Che* en 1965, mientras éste se encontraba en el Congo, fue la mejor prueba de que las puertas de Cuba se le cerraban para siempre al guerrillero argentino.

El capítulo “¿Traicionado por quién, en dónde?”, que es el que se adentra en esta zona oscura de la historia, está escrito con cuidado, a partir de indicios, preguntas e hipótesis que nunca pretenden ser conclusivas. ¿Por qué Manuel Piñeiro y el PCC desinformaban al *Che* sobre las condiciones para una guerrilla en Bolivia, mientras Fidel desinformaba a Mario Monje y al Partido Comunista Boliviano sobre los planes del *Che*? ¿Por qué La Habana manda llamar a Renán Montero, el único enlace del *Che* en La Paz y fuente de toda su información, precisamente en el momento que se cerraba el cerco del ejército boliviano? ¿Por qué no se organizó una operación de rescate como la que los cubanos habían realizado en República Dominicana, Venezuela y otros países latinoamericanos? Castañeda, con prudencia, no nos dice quién traiciona ni dónde, pero el peso de sus preguntas es tal que difícilmente se puede descartar la idea de que la muerte del *Che* fuera la confluencia de varias traiciones, fraguadas no sólo por sus principales enemigos en Washington y La Paz, sino por

supuestos aliados en Moscú y La Habana.

*La vida en rojo* tiene implícitas unas “vidas paralelas” entre Fidel y el *Che*. El primero es Proteo, un héroe de mil caras o, al menos, de dos, como el rey Jano: una severa y otra clemente, una fanática y otra flexible, una pública y otra secreta. Esta ambigüedad lo lleva a veces al cinismo de un príncipe maquiavélico que da rienda suelta a la más desenfrenada voluntad de poder. El segundo, en cambio, es la transparencia, la visibilidad: la vida del *Che* refleja el firme deseo de alcanzar una correspondencia entre los valores y las prácticas, entre la moral pública y la privada. Guevara no sabe ocultar sus fines y así lo demuestra frente a la policía mexicana, frente al Kremlin, frente a la CIA o frente a los militares bolivianos. De hecho, habría que reconocer que el *Che* fue uno de los pocos miembros de la clase política cubana que promovió cierto clima de pluralidad y debate dentro del gobierno de la isla. Es por ello que estas “vidas paralelas” se asemejan mucho a otras de la tradición comunista: las de Stalin y Trotsky narradas por Isaac Deutcher.

Sin embargo, es precisamente esa rara honestidad, esa transparencia, la que, como en Narciso, produce en el *Che* una terrible vanidad. La vehemencia y el fanatismo con que Guevara defendió y realizó sus ideas, lo mismo si se trataba de lograr en Cuba una economía sin mercado ni dinero ni salarios o de producir el “hombre nuevo” en menos de dos generaciones a través de la clonación ideológica, o de entrenar a sus guerri-

lleros como “frías y calculadoras máquinas de matar”, son los perniciosos efectos del “triunfo de su voluntad” y de la estetización de la violencia y la muerte. Estos rasgos del temperamento guevarista son los que determinan la seducción casi heideggeriana de ese “ser destinado a morir”, disciplinado como Séneca en el asma de los estoicos, pero también su naturaleza destructiva y letal.

Alguien poco familiarizado con la obra de Jorge Castañeda podría pensar que la principal virtud de *La vida en rojo* —presentar al *Che* como una víctima colectiva de Moscú, Washington, La Paz y La Habana, y no sólo

como un victimario— es también su mayor limitación. Ese lector se haría, con razón, la siguiente pregunta: ¿no tiene Guevara una buena parte de responsabilidad moral ante los cientos de miles de muertos que dejaron las guerrillas latinoamericanas? A lo que yo respondería, si se me permite, con una recomendación: reléase *La vida en rojo* con *La utopía desarmada* a la vista y se observará el inteligente esfuerzo por comprender las raíces sociales de las ideas del *Che*, sin renunciar a una crítica de ese violento mesianismo que lo llevó al genocidio y a la inmolación.

**Carlos Escudé, *Foreign Policy Theory in Menem's Argentina*, Gainesville, University Press of Florida, 1997.**

Varun Sahni

Pocos países han tenido un cambio tan grande en materia de política exterior como la Argentina dirigida por Menem desde 1989. Este viraje en la política exterior argentina ha sido guiado por el realismo periférico, una teoría radicalmente nueva esbozada principalmente por Carlos Escudé. *Foreign Policy Theory in Menem's Argentina* da una amplia explicación sobre este cambio. Es, en esencia, una traducción al inglés de su libro *El realismo de los estados débiles: la política exterior del primer gobierno de Menem frente a la teoría de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995. Sin embargo, este libro va más allá y afina las ideas exploradas y explicadas anteriormente en su otro libro, *Realismo periférico: fundamentos para la nueva política exterior argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

La teoría de Escudé sobre el realismo periférico merece nuestra atención por tres razones. Primero, porque constituye una sólida justifi-

cación teórica, *post facto*, de los cambios en la política exterior argentina desde 1989. Segundo, porque Escudé desempeñó un papel político importante en la evolución de esta nueva doctrina de política exterior como asesor del ministro de Relaciones Exteriores, en el Palacio de San Martín. Y, tercero, porque Escudé coloca al realismo periférico en oposición a la teoría de la interdependencia compleja, desarrollada por Robert Keohane y Joseph S. Nye en el libro *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, rev. ed., Glencoe, Scott, Foresman & Co., 1989. Esto último es particularmente importante ya que sugiere que la interdependencia compleja y el realismo periférico son cuerpos teóricos con implicaciones políticas diametralmente opuestas, y no sólo dos explicaciones en torno a la política exterior que compiten entre sí.

La postura tradicionalmente antiestadounidense de la diplomacia argentina era producto de, por lo menos, dos factores. El primer factor es-

taba relacionado con las problemáticas relaciones de Argentina con Brasil, debidas no sólo a las rivalidades entre vecinos, sino también a las distintas visiones que ambos países tenían en torno al papel de los Estados Unidos en el hemisferio occidental. Argentina sentía que Brasil buscaba un subliderazgo en América Latina bajo el paraguas de los Estados Unidos. Esto, en la percepción de la élite política argentina, convertía a Brasil en el principal impedimento para que se creara una solidaridad latinoamericana bajo el liderazgo argentino. El segundo factor que acentuaba el antagonismo entre Argentina y los Estados Unidos eran las estrechas relaciones que el primero tenía con Europa, basadas no sólo en las exportaciones agrícolas a la Gran Bretaña y al Continente, sino también en el origen predominantemente europeo de su población.

A partir de 1989, sin embargo, ha habido un cambio cualitativo en la política exterior argentina. Bajo Menem, la política exterior argentina ha reconocido el liderazgo de los Estados Unidos en el hemisferio occidental. Argentina no ha dudado en seguir la pauta estadounidense en asuntos internacionales donde sus propios intereses no se encuentran comprometidos, como en la Guerra del Golfo Pérsico, en donde Argentina fue el único país latinoamericano que envió fuerzas. Argentina restableció las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña y terminó con la costosa política de confrontación por las Islas Malvinas. Continuó el proceso iniciado por la administración de Raúl Alfonsín

(1983-1989) para fortalecer los lazos con Brasil, particularmente dentro del Mercosur, y tratar de resolver las disputas fronterizas con Chile. Argentina abandonó la rivalidad nuclear con Brasil, firmó el Tratado de Tlatelolco y el Tratado de No Proliferación Nuclear y acordó unirse con Brasil a las salvaguardas de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA). Más aún, Argentina desactivó su programa de misiles Cóndor II, destinado a desarrollar un misil balístico de rango intermedio en asociación con Egipto y con algún financiamiento iraquí. Al tiempo que Argentina buscaba incrementar sus relaciones con la Unión Europea (UE), fue también miembro del Grupo Cairns de países agroexportadores que se opuso tanto a los Estados Unidos como a la UE durante las negociaciones de la Ronda de Uruguay del GATT.

Escudé basa su teoría de realismo periférico en dos puntos nodales. El primero de ellos es una política exterior centrada en el ciudadano. Escudé es extremadamente crítico de la teoría estándar "angloamericana" de las Relaciones Internacionales, la cual privilegia al Estado considerándolo la unidad básica en el sistema internacional. De acuerdo con Escudé, esto privilegia a las élites gubernamentales por encima de la ciudadanía común, que en muchos países no cuenta siquiera con los derechos civiles y humanos básicos.

El otro punto está relacionado con el desarrollo económico, el cual es el problema central de los estados débiles. En estos estados, toda política, sea interna o externa, estará enfocada

en lograr el desarrollo económico, no sólo porque ésta es la única manera a través de la cual pueden incrementar su poder, sino también porque el desarrollo económico es del interés del ciudadano común.

Tal como sugiere esta breve síntesis de los puntos centrales del realismo periférico, esta teoría se encuentra en oposición al realismo estructural, ya que éste privilegia la cuestión de la seguridad como el problema nodal de las relaciones internacionales y porque considera al Estado como la unidad básica en el sistema internacional. El realismo periférico, basado en el ciudadano, se opone también al realismo político clásico. Sin embargo, lo que es particularmente interesante es la crítica de Escudé a la teoría de la interdependencia compleja de Keohane y Nye (pp. 103-127).

El primer aspecto que Escudé critica de la interdependencia compleja es la noción de que ya no existe una jerarquía de asuntos en el sistema internacional. Escudé está de acuerdo con Keohane y Nye en que el poder militar ha sido devaluado en la política internacional actual; no obstante, insiste en que sigue existiendo una clara jerarquía de asuntos para los países débiles. Debido a su problemática central en torno al desarrollo económico, los países débiles no tienen más opción que temer al "gran garrote" económico, en mayor medida que al político. Más aún, los vínculos temáticos, lejos de incrementar el margen de maniobra de los estados débiles, lo limitan aún más.

Escudé también critica la idea de que el costo de las estrategias de

vínculos temáticos (*issue linkage strategies*) para los países fuertes incrementa, inevitablemente, la capacidad de maniobra de los países débiles. Argumenta que ese razonamiento no toma en cuenta los costos relativos, los cuales son mayores para los Estados débiles cuando asumen acciones. Cuestiona también la noción de que hay una mayor interdependencia global y sostiene que los pocos indicadores que en realidad existen en torno a un aumento en la interdependencia tienen poca relevancia para los países en desarrollo, no miembros de la OPEP. Éstos, de hecho, se han vuelto más —y no menos— dependientes de los países industrializados. Escudé es particularmente escéptico sobre la idea de que las organizaciones internacionales incrementan el poder del Tercer Mundo, y subraya que en aquellas con mayor peso en el proceso de toma de decisiones, tales como el Consejo de Seguridad de la ONU y las organizaciones surgidas de los acuerdos de Bretton Woods, la norma de "un Estado, un voto" no prevalece.

Pero quizá la contribución teórica más importante de Escudé es el cuestionamiento que hace del concepto de "autonomía". Cuestiona la muy generalizada noción de que la autonomía lleva al desarrollo, argumentando que la relación causal opuesta —es decir, es el desarrollo el que lleva a la autonomía— es mucho más convincente. Hace una valiosa distinción conceptual entre la exhibición de autonomía, que él considera un mero *consumo de autonomía*, y el uso de la autonomía para generar más poder, la cual denomina *inversión de auto-*

*mía*. De acuerdo con su planteamiento, "la autonomía debe definirse en términos de los costos de usar la libertad de elección y de maniobra que cualquier Estado mediano tiene en forma casi ilimitada (Escudé, 1995, p. 211).

Varios de los aspectos teóricos elaborados por Escudé son, sin duda, valiosos. La teoría de Escudé da, en efecto, una explicación convincente y una justificación *ex post facto* de la política exterior actual de Argentina. Como uno de los formuladores de los cambios en la política exterior en Argentina desde 1989, Escudé puede

ofrecer una racionalización teórica sólida y rica de la nueva política. Sin embargo, es menos exitoso al tratar de demostrar que esta nueva política será capaz de lograr lo que se propone. Puesto de otra manera, pero en términos que Escudé apreciaría, ¿por qué un Estado poderoso como Estados Unidos le prestaría atención alguna a un Estado débil y periférico como Argentina? Confrontándolo, una ruidosa y hasta cierto punto problemática potencia media podría obtener mayor atención política de Washington que una distante pero "bien portada" potencia media, como la Argentina de Menem.

**Louise Fawcett y Andrew Hurrell (eds.),  
Regionalism in World Politics: Regional  
Organization and International Order, Oxford,  
England, Oxford University Press, 1995, p. 342 .**

Imtiaz Hussain

Los casos de estudio, los estudios comparados, las investigaciones empíricas, las reformulaciones teóricas y otros ejercicios similares, usualmente proliferan después de que un fenómeno global significativo y sostenido afecta el comportamiento del Estado. Esto era cierto en el origen de la Guerra Fría, cuando las antiguas colonias se embarcaron en un proceso de modernización como estados independientes, y aquella distribución hegemónica del poder dejó de existir. A lo largo de los últimos diez años, aproximadamente, la integración regional emergió como un desarrollo de este tipo. Casi de un día para otro, la bibliografía sobre las relaciones internacionales y la economía política internacional creció fuera de proporción. Sin embargo, de todo este torrente, sólo un puñado de trabajos pueden calificarse como una fuente de energía intelectual. El multidimensional libro *Regionalism in World Politics: Regionalization and International Order*, producto de la colaboración

de diversos autores, puede calificarse como uno de ellos. Presenta un inventario refrescante: nos proporciona una antología teórica e histórica más amplia sobre la integración regional, y una discusión contextual sobre el impacto de la repentina disipación de la Guerra Fría y de un proceso de globalización, por mucho no previsto. El libro, si bien entretiene una trama inusitadamente complicada, también traza un sendero coherente.

Después del capítulo introductorio, el libro se divide en dos partes, cada una compuesta por cinco capítulos. La parte I se refiere a las diversas perspectivas sobre los procesos de regionalización y globalización, así como a la relación entre ambos con base en la historia, la teoría, el internacionalismo y la identidad. La parte II, por otro lado, se concentra en cuatro casos específicos de integración regional, con un capítulo de conclusiones. El libro se distingue de otros estudios sobre el tema porque realiza un análisis que va más allá de los aspectos

puramente económicos de la integración, y muestra a otras investigaciones cómo no perder el orden intelectual al explicar el caos del periodo posterior al fin de la Guerra Fría.

Presentadas en primer lugar, se encuentran las diversas perspectivas. Louise Fawcett indaga si la nueva explosión del regionalismo es en algo diferente de aquella ocurrida anteriormente. Concluye que el orden político, y los niveles de democratización y globalización subyacentes en ambos periodos, son muy distintos; esta conclusión se encuentra también apoyada en los postulados teóricos que Andrew Hurrell examina en el capítulo siguiente. Con Fawcett poniendo experiencias históricas en categorías teóricas, y Hurrell basándose demasiado en ejemplos del mundo real en su análisis teórico, estos dos capítulos iniciales, aunque esenciales, se encuentran superpuestos y son difíciles de manejar, debido al tamaño más extenso del proyecto. Sin embargo, son capítulos instructivos. Hurrell crea tres familias de teorías —sistémicas, regionales y domésticas— y recomienda a otros teóricos enfocarse en un solo nivel, en la interacción entre niveles, o bien en un análisis por etapas.

Andrew Wyatt-Walter encuentra que regionalización y globalización son metáforas engañosas y evasivas. Su coexistencia, argumenta, no necesariamente significa que la primera automáticamente se transforme en la segunda. A modo de ejemplo, señala cómo el comercio genera un impulso hacia la regionalización, mientras que el impulso generado por

la inversión tiende a ser más globalizado. Alan Henrikson, quien relaciona organizaciones regionales con cláusulas específicas de la Organización de las Naciones Unidas, llega a la misma conclusión del crecimiento paralelo entre ambas, a partir de un estudio de los procesos de mantenimiento de la paz a escala mundial. Su capítulo es ilustrativo, y abre el camino para otro capítulo innovador en el que John Mayall discute el carácter ambiguo de la identidad. La Guerra Fría estuvo asociada con la búsqueda tanto de la identidad nacional como de la regional, sin una distinción seria entre ambas. Esto pudo haber contribuido en parte al caos posterior a la Guerra Fría, pues los países buscan, hoy en día, una identidad sin ambigüedades de manera más urgente.

La parte II presenta un tema importante, ya obvio a mediados de los noventa: la diferenciación entre arreglos regionales. Las experiencias nacionales diferentes pueden explicar los resultados disímiles. Pero los autores de este volumen también prestan mucha atención al efecto de la Guerra Fría. Dos capítulos describen los casos relativamente exitosos. Al evaluar el principal ejemplo, William Wallace alerta sobre el hecho de que la experiencia de Europa occidental no puede ser repetida, pues ésta no sólo estuvo afectada por condiciones político-militares únicas, sino que también fue construida sobre una base sustancialmente más apropiada que la de otras regiones del mundo. Hurrell también nos alerta sobre una condición para el proceso en las Américas, donde el Mercosur y el TLCAN

parecen desplazarse con menos tropiezos que sus contrapartes —predecesores o contemporáneos— no europeos. La mayoría de los países no quieren adelantar ambos pies al mismo tiempo; con uno es suficiente para obtener las concesiones provenientes de fuera de la región; usar ambos sería como un encuentro con el destino sin antes resolver incongruencias históricas, políticas o psicológicas. Charles Tipp y Rosemary Foot, enfocados en las experiencias de Medio Oriente y el Pacífico asiático, elaboran casos donde estas mismas tensiones nacionales del pasado exceden por mucho cualquier deseo de identificación regional y de búsqueda de objetivos comunes. Entre las conclusiones que Fawcett y Hurrell sacan del proyecto entero, está aquella de que, a pesar de que el regionalismo parece haber llegado para quedarse, es probable que continúe siendo diferente en las distintas partes del mundo y, lo que es más importante, que incluso sea esta característica la que convierta al regionalismo en un elemento necesario para la conformación del orden global.

Dos puntos relevantes emergen de este volumen. Primero: como la mayoría de los autores nota, la Guerra Fría tuvo por lo menos un efecto marginal respecto a los esfuerzos de regionalización, tanto en el pasado, como actualmente (sugiriendo que en la secuela de la Guerra Fría, conforme el comportamiento predecible de los estados se vuelve más impredecible, la forma más fuerte de identificación tiende a ser dirigida hacia adentro, es decir, se basa en el Estado). Segundo:

conforme la disipación de la Guerra Fría incentiva una mayor competencia, el deseo de eliminar el aislamiento probablemente genere presiones hacia afuera. En el análisis final, se nos deja entonces, ineludible y simultáneamente expuestos al nacionalismo, al regionalismo y al *globalismo*.

De acuerdo con la gran importancia de la Guerra Fría, se requiere un examen de la principal organización regional resultante de ella: la OTAN. Debido a que la expansión hacia el Este por parte de la OTAN puede afectar el *statu quo* conseguido a partir de la integración económica de Europa occidental, su evaluación probablemente proporcionaría una luz útil. Los dominios de la alta política serían incluidos en un diálogo con afanes integradores que, además, involucraría asuntos de baja política. A cambio seríamos capaces de comprender los procesos simultáneos de nacionalismo, regionalismo y *globalismo*, sobre los que el libro nos alerta de manera firme.

*Regionalism in World Politics* aclara muchas de las dimensiones del proceso de regionalización que hasta la fecha habían sido poco exploradas; y aunque no se trata de un trabajo académico sin fallas (existen errores gramaticales en las páginas 5, 67 y más adelante, así como una integración insuficiente de los ya de por sí bastante distintos artículos), ofrece una agenda de investigación. Para el público en general, preocupado por el futuro este libro es una lectura recomendable; para aquellos activamente involucrados, como académicos o políticos, su lectura es indispensable.

## **Autores varios, *Cuba a la luz de otras transiciones*. Revista encuentro de la cultura cubana, núm. 6/7.**

José Manuel Prieto

No cabe duda: transición es hoy el término que todos oponen al de revolución, caído en profundo descrédito. Cambio, notemos de paso, que hubiera alegrado mucho a Edmund Burke.

En julio de 1997, convocados por la revista *Encuentro de la cultura cubana* y por su director, el escritor cubano Jesús Díaz, se reunieron en el Escorial un grupo de científicos sociales con el objetivo de dar respuesta al siguiente interrogante: ¿qué experiencia puede sacar Cuba de las recientes transiciones a la democracia ocurridas en varios países y principalmente en Europa del Este?

Cuba fue la última colonia, junto con Puerto Rico y Filipinas, en lograr su independencia de España, casi un siglo después que el resto del continente. José Martí y otros pensadores del siglo XIX cubano observaron siempre con atención el desarrollo de las flamantes repúblicas de Hispanoamérica, deseosos de hallar el mejor modelo posible para una Cuba independiente.

A finales de este otro siglo, Cuba también es el último país de América Latina con un gobierno no electo democráticamente, y se cuenta entre los últimos regímenes estalinistas existente en el planeta. Pero si la tardanza en lograr su independencia no la salvó de construir una república tan o más viciada que las surgidas de los restos del imperio español, hoy aún se tiene la esperanza de que la experiencia de otras transiciones a la democracia permita a los cubanos evitar errores y dar con un modelo que reduzca los costos del tránsito para una sociedad tan maltratada como la cubana.

*Encuentro* ha publicado una compilación de los textos leídos durante esos cinco días en el Escorial, cuyos principales temas fueron la democratización en América Latina, la democratización en España y Portugal, y la democratización en Europa del Este.

Abre el número el trabajo del profesor Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard. Para Domín-

guez, a pesar de que "la alta dirigencia del gobierno y del partido retienen una vocación totalitaria", en Cuba se está dando un tránsito hacia un autoritarismo, cuando ambos actores han perdido la capacidad de "consumar sus deseos" y las "personas adquieren un margen de autonomía frente al Estado". Admite Domínguez que el Estado cubano sigue siendo "extraordinariamente poderoso", pero insiste en señalar elementos como la desinstitucionalización y la pérdida del temor al Estado, para apuntalar su tesis.

En su artículo "¿Cambios de régimen o cambios en el régimen?", Carmelo Mesa Lago señala los puntos débiles de la tesis de Domínguez, quien, en su opinión, no hace un delimitado correcto entre totalitarismo y autoritarismo. De la misma falta de comprensión de ambos fenómenos adolece, a nuestro juicio, la ponencia de Jorge Castañeda, que ensaya una comparación entre el régimen cubano y el priísmo mexicano, y califica a ambos de regímenes autoritarios. Castañeda descubre posibles paralelos entre la transición que se está dando actualmente en México y lo que sería una transición en Cuba.

Los transitólogos Juan Linz y Alfred Stepan propusieron en 1996 (*Problems of Democratic Transition and Consolidation*) una nueva tipología de regímenes no democráticos que ha sido de gran utilidad para los estudios comparados de los procesos de democratización. Rafael Rojas, descubre un rasgo típico del régimen cubano (y de todo totalitarismo en general): "el escamoteo de la vida política, la 'invisibilidad' de toda política para

el ciudadano sigue siendo el *modus operandi* preferido del régimen castrotrista".

Más que analizar los posibles escenarios de una transición, estas ponencias que abren el número se proponen establecer un diagnóstico, dejar claro en qué situación se encuentra la sociedad cubana actual y desde dónde deberá comenzar la transición.

¿Repetirá la transición en Cuba los escenarios de la Europa del Este? Difícilmente, responde Jean François Fogel, autor del libro *Fin de siglo en La Habana*. En su artículo, que aporta mucha información sobre los entresijos de la más reciente política cubana, Fogel afirma que en Cuba existe un totalitarismo nacionalista, cuyos paralelos deben buscarse en países como Rusia, China o Vietnam. Sin embargo, aclara el autor, son marcadas las diferencias entre la experiencia china y los tímidos intentos de transición económica emprendidos en Cuba. China y Vietnam, dice Fogel, empezaron la reforma en el campo, por una "descolectivización de la agricultura", mientras que en Cuba optaron por una política diametralmente opuesta: intentos de "cambodización" de la población urbana. El régimen cubano halla atractiva la fórmula china, que conserva un partido fuerte y rector, pero no se decide a avanzar por la vía de una mayor liberalización económica. Por su parte, Luis Yáñez señala lo contraproducente que ha resultado la prolongada política de bloqueo y cuánto un levantamiento del embargo aceleraría el tránsito hacia la democracia de la isla, toda vez que

está comprobado que "las aperturas económicas oxigenan a los países".

Reunidas en un solo haz, las ponencias de *Encuentro* arrojan más luz sobre cómo y en qué términos se daría la inevitable transición a la democracia en Cuba. Pero se trata sólo de aproximaciones, alerta el húngaro Tibor Papp, otro de los autores del número, porque "las transiciones son fenómenos específicos de cada país".

O como rezaba un chiste en boga en Polonia a principios de los noventa y que aludía a las dificultades del paso de la Europa del Este a la democracia: Para nadie sería un problema hacer una sopa con el agua de una pecera y sus peces. El problema está en cómo lograr la operación inversa: a partir de una sopa de pescado obtener el agua clara y los peces vivos.

## ***La política exterior de México, enfoques para su análisis, México, Colmex/IMRED, 1997.***

Ofelia Villavicencio Páez

La última década de la historia contemporánea se ha caracterizado por espectaculares acontecimientos que han modificado el contexto general de las relaciones internacionales. Dichos cambios, aunados a las nuevas circunstancias internas, han afectado la conducta exterior de México. En este contexto, resulta conveniente para el estudioso de las relaciones internacionales reflexionar sobre estas transformaciones y sus perspectivas. Este libro, trabajo de académicos y diplomáticos, ofrece dicha tarea y oportunidad al lector. Los escritos se agrupan en tres secciones: teoría y política exterior, nuevos actores y nuevos temas, y prospectiva y política exterior.

Con el mérito de hacerlo de manera esquemática, en el primer artículo Arturo Borja hace una revisión y clasificación de los criterios que hasta ahora han ejercido mayor influencia en los estudios de política exterior en México. Según este autor, son tres las generaciones que pueden identificar-

se: la primera utiliza referencias de corte jurídico-normativo; la segunda comprende los enfoques realista, de economía política, y causalidad interna; y la tercera incluye política burocrática e interdependencia.

El ensayo de Rafael Fernández de Castro hace un examen, desde el enfoque del institucionalismo neoliberal, del papel de las instituciones de gobierno en el nuevo carácter de la relación México-Estados Unidos. La hipótesis central es que a mayor institucionalización, mejor comunicación y cooperación bilateral. Fernández de Castro reconoce las debilidades de dicha corriente y subraya conjuntamente los puntos en que converge y diverge con otras perspectivas teóricas.

Una interesante contribución es la de Celia Toro, quien señala las limitaciones de la teoría de la interdependencia para explicar el fenómeno del tráfico de drogas. Esta teoría hace hincapié en el aspecto de la cooperación. Contraria a Rafael Fernández de

Castro, Toro argumenta que en el renglón del narcotráfico este factor es insuficiente. La política gubernamental interna de México y Estados Unidos, sostiene Toro, influye de manera decisiva en el desarrollo del problema. En los hechos, la autora propone una exhaustiva revisión de las políticas gubernamentales de ambos países, teniendo en cuenta su desigual influencia sobre el mercado. En este sentido, hubiese sido un gran mérito por parte de Toro plantear políticas específicas que considerara viables.

La observación de Toro respecto de la revisión de las políticas gubernamentales es muy sugerente. Aun cuando no lo dice, su artículo invita a discutir opciones como la legalización del consumo de narcóticos. Éste es un punto muy controvertido, y es difícil pensar que sea factible en el corto plazo en los Estados Unidos, o de manera unilateral en México.

Bianca Heredia aborda el difícil tema de la vinculación, compatibilidad y congruencia entre política económica y política exterior. En este marco, estudia la evolución de la relación entre ambas desde la década de 1940 hasta nuestros días. En años recientes, concluye la autora, la armonía entre promoción del crecimiento económico y autonomía frente al exterior se ha hecho mucho más difícil que en el pasado. Indudablemente, la lógica del proceso de globalización y regionalización limita la autonomía de los estados. En este punto, la discusión clave es cómo conciliar crecimiento económico con minimización de la vulnerabilidad externa y con maximización de la capacidad de autogobierno.

En un estudio sobre la política exterior mexicana no podía faltar un espacio para la reflexión de los asuntos que integran la agenda de nuestro país. Ésta es la aportación de Jorge Chabat. El fenómeno de la globalización ha creado un campo fértil para el surgimiento de nuevos temas tales como medio ambiente, proliferación de armas nucleares, migración, cooperación internacional, derechos humanos, drogas, SIDA y terrorismo. Viejos y nuevos temas, apunta Chabat, coexisten conflictivamente en México. Así, se perciben elementos de continuidad y cambio en las relaciones con el exterior. En este sentido, el autor nos lleva a pensar que, pese a aparentes o potenciales contradicciones, esta combinación ha resultado funcional.

Por su parte, Blanca Torres contribuye con un ensayo sobre los actores involucrados en las relaciones internacionales de México. Desde su punto de vista, éstas no son más un monopolio del Estado, pues participan en ellas el sector privado, el sector laboral y organizaciones no gubernamentales, entre otros; todos ellos dibujan o habrán de dibujar el nuevo entorno. Sin embargo, la infiltración y la fuerza de los diversos grupos de influencia no es constante, y tienden a enfocarse en temas específicos. Al respecto, Torres expone el papel que han jugado en nuestro país los empresarios en la negociación del TLC, y la participación en épocas recientes de organizaciones no gubernamentales en materia de refugiados centroamericanos, derechos humanos, democracia y medio ambiente.

Enrique Berruga acentúa la urgencia de que el gobierno de México haga un análisis prospectivo para poder diseñar estrategias que le permitan lograr una mayor eficacia en la búsqueda de objetivos en la escena mundial. En efecto, a la luz de un panorama cada vez más complejo, es de esperarse una preocupación por definir las bases de la política exterior de México. Al mismo tiempo, el que se insista sobre la necesidad de fijar una estrategia articulada y congruente, nos confirma la sospecha de vacíos en dicha materia.

El artículo escrito por José Luis León es un diagnóstico de los posibles escenarios internacionales en el futuro (globalización, multipolaridad, unipolaridad, tripolaridad y regionalización), y las repercusiones y desafíos para México en cada uno de ellos. En opinión del autor, será difícil que los países en desarrollo resulten beneficiados. Pese a ello, indica que México debe buscar capitalizar los estre-

chos terrenos de acción internacional en su favor. León hace un interesante ejercicio de prospectiva; sin embargo, cabe señalar que frente a una marcada tendencia hacia la integración económica con los Estados Unidos y Canadá, quizá resulta difícil esperar que México se comporte como un actor político independiente en un esquema global o multipolar. Además, creo que es imprescindible considerar que los diversos escenarios no son fenómenos excluyentes; existe la posibilidad de una coexistencia.

En conjunto, esta compilación de artículos constituye un notable esfuerzo por incorporar la reflexión teórica al estudio de la política exterior de México. En este sentido, podemos confirmar el uso de diferentes marcos teóricos; no obstante, la teoría de la interdependencia adquiere una relevancia muy particular. Asimismo, ofrece una visión de algunos de los retos que México enfrentará en materia de política exterior.

**Ngairé Woods, *Explaining International Relations since 1945*, Oxford, Oxford University Press, 1997, p. 381.**

Rosa Eugenia Sandoval Bustos

En el estudio de las relaciones internacionales se han empleado diferentes herramientas de análisis de acuerdo con el objetivo de la investigación. En el libro que compila Ngairé Woods se exponen algunos de los instrumentos utilizados a partir de 1945. El libro se divide en dos partes: en la primera aparecen los elementos teóricos que servirán como hilo conductor de los estudios de caso de la segunda parte.

En la primera parte, Woods presenta un buen resumen de los principales enfoques teóricos: realismo, interdependencia, dependencia, y análisis basados en la sociedad internacional. El autor también señala la importancia de formalizar y cuantificar los resultados encontrados. John L. Gaddis concede más importancia a la capacidad explicativa que tiene la historia frente a enfoques cualitativos, como el de la elección racional. En contraste, Bruce Bueno de Mesquita defiende las ventajas de utilizar herramientas cualitativas y presenta la

teoría de juegos como un mecanismo útil para explicar el comportamiento estratégico de diferentes actores.

En la segunda parte del libro se analizan diversos casos. En primer lugar, el inicio de la Guerra Fría se estudia a partir de las diferencias ideológicas, el proceso de toma de decisiones y los factores geoestratégicos en la década de 1940 en Europa. También se analizan las relaciones de las potencias con los países de sus áreas de influencia. Aunque tanto América Latina como Europa del Este tienen una relación asimétrica con las potencias de su zona geográfica, se utilizan diferentes argumentos en cada caso: por un lado, Krammer presenta teorías de esfera de influencia para estudiar los instrumentos políticos, militares y económicos de la Unión Soviética frente a Europa del Este. Por el otro lado, se exponen tres perspectivas para analizar la relación entre América Latina y Estados Unidos: neorrealismo, dependencia y liberalismo. Hurrell concluye que el enfoque

realista es el que más elementos aporta al análisis.

Los dos siguientes capítulos versan sobre la relación de Estados Unidos con Europa occidental y con los países del este de Asia. En el primer caso, el argumento principal es que el orden internacional establecido al terminar la Segunda Guerra Mundial —caracterizado por la hegemonía estadounidense— determinó la estructura de la seguridad internacional. Por otra parte, Yuen Foong Khong considera que la actuación de la potencia norteamericana en el este de Asia tuvo que ver con los resultados de su intervención anterior así como con la amenaza al balance de poder que enfrentaba.

John Darwin revisa las relaciones entre el África subsahariana y las potencias. Su argumento principal es que de 1945 a 1990, África se caracterizó por la crisis y disolución del orden colonial en condiciones de competencia bipolar. Por lo tanto, tras el fin del colonialismo y con las nuevas características del sistema internacional es necesario diseñar nuevas herramientas de análisis.

Avi Shlaim estudia los orígenes de las guerras árabe-israelíes y cuestiona los argumentos de Kenneth Waltz respecto de la primacía de los factores sistémicos sobre las estructuras domésticas e individuales como elementos para explicar el inicio de los conflictos internacionales. Shlaim centra su ensayo en el conflicto árabe-israelí, las relaciones entre países árabes y la presencia de las grandes potencias en la región.

Es frecuente que para estudiar

la relación entre poder y riqueza se utilice el concepto de intercambio entre éxito económico y capacidad militar. En el caso de Japón, es común que su desempeño económico se asocie con la imposibilidad —en un principio— y la falta de voluntad —al finalizar la Guerra Fría— para fortalecer y ejercer sus capacidades militares para no perder poder económico. Es decir, el prestigio que Japón ha ganado en el terreno comercial se debe, en parte, a que no se ha dedicado a ejercer las actividades militares que las potencias tradicionales realizan. Takashi Inoguchi concluye que Japón ha buscado el prestigio y el poder a través de diferentes mecanismos; en el siglo XX ha optado por la fortaleza económica y ha aprovechado las ventajas de no tener que hacerse cargo de su seguridad.

Rosemary Foot analiza cuatro periodos de las relaciones exteriores de China: el acercamiento a la Unión Soviética, la división sino-soviética, la búsqueda de mejores relaciones con Estados Unidos y el ejercicio de una política exterior independiente. Según Foot, el realismo deja de lado muchos elementos valiosos de la cultura china y de sus líderes, y sólo permite hacer una primera aproximación al problema.

Los cuatro capítulos finales del libro se refieren a distintas instituciones surgidas desde 1945. Paul Taylor revisa las teorías neofuncionalistas y federalistas en el caso de la Unión Europea, pero plantea que los factores determinantes en esta institución han sido las relaciones entre las elites europeas.

Adam Roberts analiza el debate entre los conceptos de soberanía y seguridad colectiva. Para ello, el autor revisa los obstáculos que enfrentaron algunos intentos de las Naciones Unidas por establecer acuerdos de paz desde 1945. John Duffield analiza el caso de la OTAN y señala que el éxito de esta organización ha estado más vinculado con los acuerdos internos y el carácter institucional que con las teorías de alianzas y balance de poder que se utilizan con frecuencia para analizar la actuación de este organismo.

En el último capítulo, más que en cualquier otro, se utilizan elementos cuantitativos para analizar el control de armas. George Downs y Peter Barsoom explican diferentes variacio-

nes de la teoría de juegos en la carrera y el control armamentista. De acuerdo con los autores, este enfoque ofrece elementos a quienes toman decisiones para elegir la mejor estrategia para mantener acuerdos armamentistas valiosos.

Lo valioso de este volumen es la presentación de las perspectivas teóricas que han dominado el análisis de las Relaciones Internacionales desde 1945. Aunque Woods no presenta una lista exhaustiva de los acontecimientos y problemas de la segunda mitad de este siglo, sí ofrece un análisis amplio de las principales teorías e invita a continuar con el debate en esta materia.

**Martha Schteingart (coord.), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1997, p. 824.**

José Javier Díaz Parra

La pobreza y la desigualdad en la distribución del ingreso han sido el talón de Aquiles del desarrollo económico en México. Una de las manifestaciones de estos fenómenos es la urbanización popular, un tema extensamente estudiado en América Latina. La marginación urbana es un problema que refleja más las condiciones de salud en que vive la población, que su propio nivel de ingresos. Sin embargo, la relación entre urbanización popular y las condiciones de salud no ha atraído la atención de los especialistas. He ahí el mérito de este libro: se trata de un tema muy específico y poco estudiado al mismo tiempo, el de servicios de salud en asentamientos urbanos irregulares.

La información obtenida de los casos estudiados ha surgido básicamente de una encuesta. Sin embargo, también se incorpora una serie de elementos de carácter cualitativo obtenidos por diferentes medios: entrevistas a informantes clave y a los líderes de las colonias, relatos de vida (historia

oral) de doce mujeres, y talleres en los que participaron varios grupos de mujeres de esas comunidades. A lo largo del libro, los autores vinculan las políticas sociales con la urbanización popular, el acceso al suelo, la vivienda y los servicios, que posteriormente se resumen en la relación entre pobreza y salud.

La primera parte del trabajo se centra en el fenómeno de la urbanización popular, considerado un proceso de acceso ilegal al suelo y a la vivienda. En el estudio de Martha Schteingart y Emilio Duhau se pudo constatar, sin embargo, que no es sólo el tipo original de tenencia de la tierra lo que complica los procesos de asentamiento y regularización, sino también la coyuntura en la que ha surgido la colonia y el tipo de zona en la que ocurre el asentamiento.

La segunda parte aborda las políticas y los programas públicos relacionados con el hábitat y la salud en este tipo de asentamientos. Esta parte trata también la consolidación fisi-

ca de las colonias, y presenta interesantes descripciones de las políticas de salud y de apoyo a la alimentación.

En la tercera parte María Teresa Torres, Ernesto Ortega y Schteingart analizan algunas de las variables que inciden en las categorías de salud-enfermedad, como características sociodemográficas y socioeconómicas de las familias. Asimismo se señala que en la definición de pobreza no sólo influyen las condiciones individuales y familiares, sino también las condiciones colectivas determinadas por las políticas gubernamentales y la organización de los mismos pobladores. En todos los casos, el mejoramiento de los servicios e infraestructura de la colonia se dio mediante la movilización política de los vecinos. En muchos casos los mismos colonos han tenido que aportar su propia mano de obra.

En la cuarta parte, Julio Boltvink integra algunas de las variables analizadas de manera separada en los capítulos anteriores. Ofrece una visión sintetizada de la combinación de las mismas variables a través de indicadores compuestos. La importancia de este trabajo reside en señalar cómo ha cambiado la intensidad de la pobreza y cuáles han sido las diferencias observadas al medirla por dos métodos diferentes. Además presenta resultados de investigación interesantes. Demuestra que hay una relativa homogeneidad en lo que respecta a vivienda, servicios y educación entre los diferentes grupos de pobres, y existe una asociación muy clara entre el grado de pobreza, el tamaño de los hogares y la edad de sus integrantes.

En la quinta parte, Carolina

Martínez Salgado, José Alberto Rivera Márquez, Margarita Castillejos, Paulina Serrano y Alfonso González Cervera exponen lo que puede considerarse el tema central de este trabajo: indicadores de salud de los asentamientos seleccionados. Para obtener los resultados se tomaron en cuenta tanto la salud en general como la reproductiva de las mujeres, así como los efectos de la contaminación atmosférica sobre la salud de los niños. Los autores encuentran que la varianza en los indicadores de pobreza se explica básicamente por el acceso a los servicios de salud. Es decir, aun cuando se observa una relativa homogeneidad en cuanto a vivienda, servicios y educación, el acceso a los servicios de salud tuvo un impacto fuerte en la determinación de los índices de pobreza.

En la sexta y última parte de la obra, Norma Mogrovejo ofrece una visión general de varios aspectos analizados en los capítulos anteriores. Incorpora el análisis de las vivencias de las mujeres a cada uno de los aspectos tratados, y completa de esta forma las conclusiones obtenidas a partir de las otras fuentes de información consideradas.

El libro muestra los diversos enfoques para estudiar los problemas de salud. A pesar de la diversidad de enfoques hay una conclusión común que es una aportación importante: distingue los factores que inciden en el nivel de bienestar de los habitantes de urbanizaciones populares. Por ejemplo, la vivienda depende más del ingreso individual o familiar; sin embargo los servicios públicos son principalmente el producto de las políticas

gubernamentales y de la capacidad de los colonos para actuar colectivamente. Así, esta investigación advierte que las condiciones de vida son el resultado tanto de la ausencia de los servicios públicos como de la baja capacidad de la población para aprovecharlos convenientemente.

El esfuerzo colectivo que presenta Martha Schteingart permite indagar aquellos aspectos que revelan la presencia del Estado en estas colonias

a través de la aplicación de una serie de políticas sociales y urbanas. Este trabajo aplica nuevos criterios teórico-metodológicos para el estudio de la política urbana, así como métodos cuantitativos y cualitativos que permiten un mayor acercamiento a la compleja realidad local. Por ello, sin duda alguna, esta investigación es una herramienta de apoyo para la enseñanza y estudio de la pobreza, así como para el diseño de políticas sociales.

## Sergio Bagú, *Catástrofe política y teoría social*, México, Siglo XXI, 161 p.<sup>1</sup>

Julio Ríos Figueroa

Las guerras, los totalitarismos, los crímenes y las mentiras del socialismo, y las injusticias del capitalismo son las catástrofes políticas que Sergio Bagú estudia en este libro. Su objetivo no es narrarlas ni describirlas sino analizarlas: "ubicar las catástrofes en un arco histórico y darles un sentido" (p. 1). Por lo tanto, el libro suscita un doble interés: por un lado, se suma a los esfuerzos de comprensión de este siglo que termina y que Hobsbawm denominó *la era de los extremos*; por otro lado, lo escribe un hombre que junto con Tulio Halperin y Raúl Prebisch, entre otros, forma parte del grupo de intelectuales que se encargaron de la revisión histórica latinoamericana a partir de la década de 1950.

El libro está dividido en dos partes que a su vez se dividen en varios capítulos: en la primera se enuncian las catástrofes y en la segunda se analizan. La prosa de Sergio Bagú es clara y agradable. A lo largo del libro se percibe el juicio equilibrado y críti-

co del autor; sin embargo, paradójicamente, a pesar de que el enfoque no es el del historiador, la parte analítica es la más débil del libro.

En la primera parte el autor recorre las experiencias ante las cuales la política fue inútil. Las guerras, en primer lugar, que significan la derrota definitiva de la política lo mismo que la expresión más clara de la catástrofe; el terror y la mentira como estrategia para promover el orden y salvaguardar el bienestar económico logrado después de la Gran Depresión; las desigualdades sociales, el incremento de la violencia, la delincuencia y el consumo de drogas en los Estados Unidos de Norteamérica. Todas éstas son situaciones que requieren ser comprendidas y explicadas, y para ello la teoría social es un instrumento, pues

en ciencia, como en la vida humana toda, hay una relación dinámica entre lo que se sabe y lo que se ignora. A medida que se amplía el terreno

que se conoce por la vía científica, se mejora la aptitud para descubrir e interpretar lo que aún se ignora y se comprende mejor la dinámica de la fracción que ya se conocía (p. 115).

En la segunda parte del libro el autor busca dar sentido y explicación a la serie de desastres políticos que enuncia en la primera parte. Para Sergio Bagú, la teoría social no es ajena a la realidad social. Con esta base, ante la serie de catástrofes el autor propone un "esquema sustantivo" para reconstruir los modelos organizativos de las sociedades, que descaen en tres capacidades humanas: "producir bienes y servicios, organizar la actividad humana dentro de la colectividad y razonar sobre la realidad de los hombres y sus fenómenos" (p. 127). Junto con este esquema existe el "principio elemental según el cual un grupo humano no puede consumir más de lo que produce a riesgo de ocasionar desequilibrios graves que inevitablemente conduzcan a conflictos de supervivencia" (p. 130). Con esta base, el autor expresa su interpretación de la catástrofe actual: el hombre contemporáneo consume más de lo que produce.

Esta conclusión, a primera vista imposible lógicamente, se explica por la ampliación del concepto de consumo que el autor propone para que abarque todas las etapas y situaciones que aparecen en la evolución de la sociedad humana. Así, por ejemplo, la transformación de ciertos consumos que antes fueron accesorios o de lujo en material y espiritualmente necesarios, o el hecho de que

algunos países, mediante el comercio internacional, neutralicen su maquinaria productiva y al mismo tiempo mantengan elevados niveles de consumo, se encuentran dentro del desequilibrio entre producción y consumo que Bagú encuentra como una de las causas de la catástrofe.

El esquema que propone Sergio Bagú representa un marco que ciertamente comprende a todas las sociedades humanas; sin embargo, por la misma razón resulta demasiado general para reconstruir los acontecimientos de este siglo y poco útil para comprender la especificidad de cada una de las catástrofes. Bagú, a pesar de su explícito rechazo a la utopía, concentra su análisis en "la capacidad creadora de la multitud anónima" para explicar las respuestas exitosas ante las pasadas hecatombes y para superar las futuras. Aunque es indudable el papel que las masas anónimas jugaron en la victoria de Stalingrado, por mencionar un ejemplo, la utilidad analítica de este concepto resulta endeble si se busca dar una explicación más sólida.

No obstante esta relativa debilidad, el libro es una referencia importante tanto para el estudioso de las ideas latinoamericanas como para los académicos y estudiantes interesados en los fenómenos políticos de este siglo de los extremos. Para los primeros por la trayectoria intelectual del autor; para los segundos por lo accesible del texto así como por el loable intento explicativo. Sergio Bagú aporta elementos para la interpretación de los grandes acontecimientos políticos del siglo XX.

La magnitud de la empresa que enfrenta Bagú es, al mismo tiempo, la debilidad y el mérito del libro. Una fórmula sencilla difícilmente puede comprender todos los fenómenos políticos; si lo hace, necesariamente es vaga y de poco valor analítico. Por otro lado, son inaplazables el recuento y la

interpretación de los hechos sin precedentes del breve siglo que comenzó en 1914 y terminó con la caída del bloque socialista: un mejor conocimiento de las causas de las pasadas catástrofes políticas puede abrir la puerta a alternativas inteligentes y originales para enfrentar las futuras.